

VIVIR ANISE POSTEL-VINAY

CON LA COLABORACIÓN DE LAURE ADLER

TRADUCCIÓN Y SEMBLANZAS DE
LAURA NARANJO GUTIÉRREZ



errata naturae

Índice

ORÍGENES	7
LA OCUPACIÓN Y EL COMIENZO DE LA RESISTENCIA	17
LA DETENCIÓN Y LA CÁRCEL	23
ROMAINVILLE, AQUISGRÁN	35
RAVENSBRÜCK	39
LA LIBERACIÓN	69
EL REGRESO	75
LA URGENCIA DE ESCRIBIR Y DE DAR TESTIMONIO	85
HOY	91
<i>Semblanzas</i>	95

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2016

TÍTULO ORIGINAL: *Vivre*

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2015

© de la traducción y las semblanzas, Laura Naranjo Gutiérrez, 2016

© Errata naturae editores, 2016

C/ Doctor Fourquet 11,
28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-15-8

DEPÓSITO LEGAL: M-21753-2016

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: © Maeers / Hulton Archive / Getty Images

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ORÍGENES

Nací en una familia del este de Francia. Mi padre era hijo de un campesino del departamento del Jura, cerca de la frontera suiza, y mi madre era de origen alsaciano, de un pueblo donde sus antecesores eran taberneros de generación en generación. Ambos se conocieron tras la Primera Guerra Mundial. A pesar de su juventud, mi padre había servido como médico durante toda la contienda y, hacia 1920, después de casarse, se instaló en París como otorrino. Éramos cinco hermanos y recibimos una educación «puritana». Hoy esa palabra me parece un poco fuerte, pero era así: mis padres eran católicos, republicanos, personas de principios.

Nos inculcaron el espíritu de independencia, la libertad. Mi madre, adepta a las teorías de Montessori, que considera al niño como sujeto, había ideado para nosotros un pequeño jardín de infancia. Trabajábamos por la mañana de nueve a doce, pero no por las

tardés, y nunca teníamos deberes. Así llegamos a sexto, casi sin darnos cuenta, jugando mucho y visitando todo lo que había de interés en París. La libertad era uno de los principios fundamentales de mi madre. Para ella era importante que los niños crecieran en aquella atmósfera que se había empeñado en crear a nuestro alrededor.

Yo quería mucho a mi madre. Era una de mis mejores amigas. Estuvimos muy unidas hasta el final.

Después llegó la adolescencia. Ella quería apuntarnos a los *scouts*, pero no deseaba que recibiéramos ninguna influencia religiosa, así que nos propuso las Exploradoras de Francia. Esos grupos no tenían nada que ver con la religión y en ellos pudimos convivir con personas muy diferentes a nosotros. Aquello era precisamente lo que buscaba mi madre, esa apertura de mente. Recuerdo que le interesaba la filosofía religiosa. Pertenecía a una generación donde las jóvenes no tenían derecho a sacarse el bachillerato, sino solamente el primer ciclo de secundaria, pero eso no le impidió, desde muy jovencita, con quince o dieciséis años, tomar el tren en El Havre, donde vivía, e ir a París a escuchar las clases de Bergson, por ejemplo. También asistió a las de Durkheim y leyó a los primeros sociólogos. Fue amiga de clérigos que habían sido suspendidos por la Iglesia.

Desde muy pronto, mi madre vislumbró los peligros potenciales del nazismo. Siempre me he preguntado cómo podía estar tan enterada. Tal vez se debiera a la lectura de ciertos filósofos católicos alemanes que ya comenzaban a estar en contra. Leía, por ejemplo, a un tal Hildebrand o al novelista Noth. En casa recibió y ayudó a los primeros refugiados de Alemania, católicos y judíos. Intentaba darles trabajo porque llegaban sin nada y aterrorizados; aún recuerdo sus miradas... El músico húngaro Joseph Kosma venía a menudo a casa con su mujer; recuerdo su nombre escrito en los cuadernos de música. Su mujer, Lilli Appel, realizaba todo el trabajo delicado de las partituras y Kosma creaba las melodías, ¡pero eso era todo! Se encontraban en la miseria más absoluta, vivían en un hotel de mala muerte en la calle de Beaune, en una época en la que esa calle no tenía nada que ver con lo que es ahora. Recuerdo que un día mamá nos pidió que fuéramos a llevarles una bolsa con ropa. También había un fotógrafo, Gustave, que nos visitaba con frecuencia. Lo que contaban aquellos refugiados nos infundió enseguida el miedo al nazismo. Ya conocíamos el nombre del campo de concentración de Dachau. Además, mi madre era creyente y los pocos cristianos que no habían tardado en declararse antinazis pensaban entonces que el

nazismo era algo gravísimo desde el punto de vista de la doctrina cristiana.

A comienzos de los años treinta, reinaba en París una atmósfera extraña. Recuerdo que mi padre se volvió antisemita durante una época... Una vez nos dijo, por ejemplo, con mala cara, que ni siquiera Blum se llamaba Blum, sino —recuerdo perfectamente aquel nombre— ¡Karfunkelstein! Aquello nos impactó muchísimo a mi hermana y a mí. Evidentemente, fue algo pasajero. No sé quién le había metido esas ideas en la cabeza, pero para nosotros fue un asunto muy serio.

Cuando mi padre vio que Pétain se arrastraba como un cobarde, se sintió conmocionado. Al principio creía, como todo el mundo, que Pétain era el vencedor de Verdún. Después comenzó a indagar sobre el mariscal. Mi padre, que no tenía nada de parisino y venía derechito de la montaña, no conocía a nadie en París, pero se echó un amigo y comenzaron a frecuentar juntos las bibliotecas públicas. Se informaron bien y leyeron, sobre todo, las *Mémoires du maréchal Joffre*. También se enteraron de que Pétain tenía contactos con la Cagoule¹. Con tales descubrimientos,

¹ Nombre con el que se conoció popularmente al *Comité secret d'action révolutionnaire* (Comité Secreto de Acción Revolucionaria), organización de extrema derecha conocida por su actividad terrorista entre 1936 y 1937. (Todas las notas son de la traductora).

fue como si mi padre envejeciera diez años de golpe. Dio un giro radical. Empezó a escribir panfletos para explicar quién era en realidad Pétain. Pero ya no se trataba de una cuestión de antisemitismo, por fortuna. Ya se le había pasado la fiebre.

Cuando tuve que elegir hacia dónde quería orientar mis estudios superiores, me decanté por el alemán. Me habría gustado más estudiar Biología, pero supuse que habría muchas matemáticas, que no eran precisamente mi punto fuerte. Me imaginé que el alemán sería más fácil, sobre todo porque, cosa rara, mi madre se encargó de que el alemán fuese nuestra primera lengua. En el este, solía hacerse así: se les enseñaba a los niños el alemán como primera lengua porque éramos vecinos... A mí me encantaban la poesía y la música alemanas, fijate. No me imaginaba que el alemán me sería tan útil después en Ravensbrück...

El instituto no me gustó nada: nos vigilaban y nos castigaban en la sala de estudios. Como yo no era muy obediente que se diga, lo llevaba regular. Tenía ganas de reír, de jugar a la pelota, no de trabajar. ¡Me decía que, si alguna vez era directora, podría cambiar las cosas! Pero para eso hacía falta una licenciatura y una oposición a cátedra, así que al final me decidí por el alemán.